

Una oscuridad enigmática

VERANO TARDÍO

Adalbert Stifter

Trad. de Carmen Gauger. Pre-Textos. Valencia, 2008.

EL SENDERO EN EL BOSQUE

Trad. de Carlos d'Ors. Impedimenta. Madrid, 2008.

ABDÍAS

Trad. de Carlos d'Ors. Nórdica. Madrid, 2008.

BRIGITTA

Trad. de Ibon Zubiaur. Bartleby, Madrid, 2008.

El hecho de que autores imprescindibles para el pensamiento y la literatura en lengua alemana como Nietzsche, Hofmannsthal, Rilke, Kafka, Kraus, Thomas Mann, Benjamin, Hesse, Handke o Bernhard hayan sentido honda admiración, elogiado e incluso rendido homenaje a la obra de Adalbert Stifter (Oberplan, 1805-Linz, 1868) debería ser suficiente para alertarnos de que la lectura de este narrador austriaco ha de iluminar forzosamente algunos de los caminos artísticos que conducen de la literatura del siglo XIX a la obra de los grandes renovadores del siglo XX. Y este puede ser un buen momento para adentrarnos en ese legado estético, pues desde comienzos de este año han aparecido en castellano cuatro títulos relevantes de Stifter: su extensa novela *Verano tardío* (1857), y tres relatos o *nouvelles* extraídos de la colección titulada *Studien* (que recopila y reelabora textos aparecidos previamente en la prensa): *El sendero del bosque*, *Abdías* y *Brigitta* (todos ellos del periodo 1842-1844). Hasta ahora era casi nada lo que podía leerse de Stifter en nuestra lengua: en 1946 Manuel de Montoliu había traducido *Alta selva* (Montaner y Simón), y en el año 1965 Mercedes Conill tradujo *El veranillo de san Martín* (Planeta; reeditada por Cupsa en 1983), que es la que ahora aparece con el título de *Verano tardío*. Pero el único volumen que el lector podía encontrar en las librerías es la selección de dos relatos

de la colección *Piedras de colores* traducidos por Juan Conesa y publicados por la editorial Cátedra.

Sin pretender abordar ahora una biografía siquiera sucinta de Stifter, considero que puede resultar ilustrativo indicar que su vida estuvo marcada por dos polos en tensión: por un lado las diferentes penalidades que padeció (penurias económicas, un amor contrariado, la necesidad de pertenencia a una clase a la que no pertenecía pero con la que se relacionaba habitualmente...); por otro, su fe en el poder reformador de la pedagogía para conseguir el perfeccionamiento del individuo (trabajó durante muchos años como profesor particular de los jóvenes aristócratas de Viena y Linz, llegando a dar clases al hijo del canciller Metternich; y en los años cincuenta es nombrado inspector de enseñanza primaria). Tensión que se traduce en una psicología inestable de alguien que no cesa en su empeño por encontrar el equilibrio y la armonía. La presencia en su obra de un claro componente de idealismo utópico junto a la fuerza trágica, casi malévol, de un destino que arrolla a los seres humanos, es la traducción literaria de su experiencia vital.

Y todo ello podemos encontrarlo en cada una de las obras que se han publicado este año, cuya lectura conjunta ofrece la posibilidad de entender la tensión mencionada y constatar cómo la narrativa de Stifter se construye sobre unas

constantes temáticas, ideológicas y estilísticas que aparecen con variantes de intensidad en todos estos relatos.

Las cuatro obras que me ocupan ahora parecen construidas sobre la idea de que al fondo de toda vida humana late una oscuridad enigmática cuya irrupción en la existencia de los individuos puede ser tanto trágica como dichosa (en las reflexiones iniciales que el narrador introduce en *Abdías* se la denomina hado, predestinación o destino). Frente a ella, los individuos pueden oponer su voluntad civilizadora, un proyecto de educación intelectual, psicológica y sentimental, que puede ser sistemático y consciente como en *Verano tardío*, azaroso como en *Brigitta* y *Abdías*, o a medio camino entre la incitación y la casualidad como en *El sendero en el bosque*. Sea como sea, siempre resulta de esta dialéctica existencial algún tipo de transformación radical para los individuos que se ven inmiscuidos en ella, bien como protagonistas absolutos bien como espectadores implicados.

Y ello nos lleva a otra constante: la educación y el trasvase generacional, entendidos ambos en un sentido muy amplio. Es uno de los grandes temas de *Verano tardío*, pero está presente en los otros tres relatos, aunque en formas bien distintas (quizá se trate de manera menos explícita en la deliciosa historia de *El sendero en el bosque*, aunque sin dejar de estar presente). La educación, nos enseña Stifter, no

es una obligación, sino una opción imprescindible si el individuo quiere que su vida dé algún fruto (del tipo que sea); y a menudo el fruto es tardío (*Verano tardío* o *Brigitta*) e incluso sólo puede ser desarrollado plenamente en la generación que sigue, en una transferencia generacional que no da sentido únicamente a quienes heredan, sino también a quienes legan, dado que el arduo camino de estos últimos cobra sentido al convertirse en legado.

Lo que acaba de decirse puede llevar a pensar que la obra de Stifter dibuja un panorama bello y armonioso de la existencia humana al considerar el valor positivo y posible de una educación que permita al hombre su pleno desarrollo como individuo. Sin embargo, lo más importante reside en ese fondo oscuro cuyo poder resulta impredecible y, por tanto, ingobernable, y no deja de proyectar su amenazante luz sombría sobre los hechos más luminosos. A lo que debe añadirse la posición de clara marginalidad desde la que actúan los personajes *civilizadores* de Stifter, siempre en una posición incómoda o difícil de aceptar para quienes les rodean, puesto que tal cosa significaría reconocer la propia mezquindad o la fragilidad de los cimientos sobre los que han construido sus existencias.

Su obra más ambiciosa (y también la más llena de serenidad por pertenecer al último periodo de su vida) es la extensísi-

ma novela *Verano tardío*. En ella asistimos a la formación de un joven que entra en contacto con un extraño personaje que vive retirado en el campo y ha emprendido un ambicioso proyecto de vida donde todo tiene cabida (literatura, artesanía, botánica, artes...) y se rige por unos principios que tienen mucho de utopía íntima. La novela puede resultar demasiado extensa (en especial las descripciones detalladas de objetos, paisajes, etc., en las que se percibe la otra faceta artística del autor: la pintura). Nietzsche la consideraba una de las pocas novelas alemanas dignas de una relectura constante, y ciertamente no son pocas las gratificaciones que el lector puede hallar si está dispuesto a imponerse la disciplina nada ligera de leerla hasta la última página.

Vinculada a la anterior por el tono sereno, *El sendero del bosque* es una novela breve y deliciosa, una de esas lecturas agradabilísimas que reconcilian al lector con el puro gusto de adentrarse en una historia que tiene mucho de cuento moderno. Se narra en ella la historia de Tiburius Kneight, un "joven gran necio" que acaba transformándose cuando un día decide adentrarse por el sendero de un bosque cercano al balneario donde ha ingresado para curar sus males imaginarios. Toda la morosidad descriptiva de la novela anterior se vuelve aquí levedad, y la seriedad programática deviene desen-

fado y humor al abordar los aspectos ejemplarizantes del caso narrado. Nada más recomendable para amenizar una hora o dos de lectura.

Con *Brigitta* y *Abdías* nos adentramos en mundos más dramáticos. La primera de ellas se relaciona muy estrechamente con *Verano tardío* en cuanto a la historia que empuja desde hace muchos años a dos de sus protagonistas, y que no es más que una variante de la historia del barón Von Risach y Mathilde, si bien aquí el paisaje es mucho más agreste y la intensidad de la historia se ve favorecida por la brevedad del texto.

Abdías ha sido comparado con el *Libro de Job*, porque en ambos se narran las desventuras de los respectivos protagonistas, enfrentados a un destino aciago. Pero ese es sólo el punto de partida, porque la vida del judío Abdías nos conducirá hasta la de su hija Ditha, cuya vida marginal ilumina la de aquél con la luz breve y extraña que Stifter ha sabido conferirle.

Si bien *Verano tardío* puede asustar o descorazonar a muchos lectores, nada justifica que alguien decida perderse tres obras tan *singulares, seductoras, enigmáticas* y *osadas* (estoy parafraseando las palabras que Thomas Mann dedicó a Stifter) como *El sendero en el bosque*, *Abdías* y *Brigitta*.

Carlos Pino Roldán